

# SUÁREZ: LA HERENCIA Y LA TRANSICIÓN

**M**AS que en las vísperas de su Congreso, en las del referéndum y el período posconstitucional, el grupo Gobierno-UCD aumenta su triunfalismo y las declaraciones de autosatisfacción en los tres tiempos: pasado, presente, futuro. Contrasta seriamente con la realidad de la vida nacional. Siendo un partido sin definición ideológica y un Gobierno de coyuntura y situación, que no piensa salir de este carácter por ahora ("Es muy pronto para que el partido asuma y mantenga una posición ideológica unívoca", dice Joaquín Garrigues Walker en "Informaciones"), no puede beneficiarse fácilmente de esta medida de gestión que se puede hacer con los partidos de filosofía propia, que es la de la distancia que media entre la utopía y la realidad, y los esfuerzos que se hacen para la adaptación de la sociedad a una razón de finalidad. El Gobierno que encabezó el presidente Suárez para administrar la nación, y en razón de una designación directa, y el partido que se conglomeró después con pequeños o mayores grupos de saldo para justificar el poder y legalizar su existencia mediante unas elecciones que cumplieron su objetivo, no puede calibrarse más que por los resultados obtenidos. En estos momentos son malos. El saldo de la gestión de Gobierno es penoso en las vísperas de la aprobación por el pueblo de la Constitución.

**E**N unas importantes declaraciones que el presidente Suárez ha hecho a Juan Luis Cebrián ("El País", 15 de octubre) viene a justificar, sin por ello abandonar el triunfalismo ni soltar la garra clavada sobre el futuro (no cree que jurídicamente esté obligado a dimitir después del referéndum, considera que su partido está cómodamente instalado en el Parlamento para mantener un Gobierno monocolor), el porqué de este saldo penoso. Hay "herencias de situaciones políticas anteriores a la reforma"; "mi Gobierno ha estado sometido a un deterioro superior al habitual, porque ha tenido que llevar a cabo la transición". Son circunstancias indiscutibles: una herencia pesada, una obligación de transición. Pero aquí sí entran ya algunas posibilidades de medida concreta: el peso de la herencia del franquismo —aunque el señor Suárez rehuya el término, no puede referirse a otra herencia; y la forma de rehuir el término ya indica una debilidad—

no sólo no ha disminuido, sino que está aumentando de día en día. Coherentemente, y puesto que está en relación, la transición no se ha realizado en la medida deseada. "Hoy, el Estado es mucho más fuerte porque, entre otras circunstancias, se orienta en la firme voluntad de la mayoría absoluta del pueblo y de sus representantes políticos", dice el señor Suárez como corolario de su razonamiento. Incurre en una confusión grave, y sin duda deliberada, como es la de confundir Estado con Gobierno. La mayoría absoluta del pueblo ha ido reforzando en las sucesivas e incompletas consultas que se le han hecho su apoyo a un Estado democrático que de la imagen inversa del sistema de dictadura y de auto-



cracia que constituía el régimen anterior: es decir, ha sufragado un sistema que garantice su soberanía, como se le ofreció y prometió, y por los cauces habituales de la democracia formal de uso en Occidente y por la vía de las elecciones, los partidos, el Parlamento y las libertades clásicas. Ha aceptado, probablemente sin otro remedio, que este Estado apareciera con algunos datos arcaicos o dudosos, a condición de obtener lo más aproximado posible el desarrollo de una democracia. No es posible

confundir esa voluntad popular con una sanción favorable a lo realizado por el Gobierno Suárez. La confusión entre Estado y Gobierno existía, en la doctrina y en la práctica, en el régimen anterior. No debería poder existir en éste. Y quizá ésta sea una de las herencias que don Adolfo Suárez ha aceptado del régimen anterior. A ese mismo terreno le están llevando sus enemigos de la derecha. Los ataques actuales de la extrema derecha, por todas las vías que tiene a su alcance, y son muchas, consisten también en confundir deliberadamente un Estado democrático con un Gobierno que se empeña en representarlo. Una de las tareas más patrióticas del señor Suárez sería la de evitar esta confusión, y definir continuamente dónde está el Estado, dónde el Gobierno, en este país de tránsito. Lo cual forzaría también a deslindar mejor las relaciones entre causas y efectos. Por ejemplo, convendría saber bien que el señor Suárez, su Gobierno y su partido surgen de una necesidad de democracia, y no que la democracia brota de las manos tautológicas del señor Suárez, que no es el portero del régimen. Como convendría advertir también que el señor Suárez y cuanto representa son fruto de una transición, y no creadores de esa transición. Más aún, observando lo que sucede en nuestro país podría deducirse que el señor Suárez ha dedicado gran parte de sus esfuerzos en moderar, en contener, en reducir el alcance de esa transición, y para medir esto basta, entre otras cosas, con observar la posición de su partido en los debates constitucionales, impidiendo continuamente, por la vía del consenso y a veces saliéndose de él y provocando algunas situaciones de violencia, que la transición llegara al fondo. Probablemente ésta es una obligación que no resulta aislada, y que comparte con la mayoría de los Gobiernos de Europa Occidental, cuya misión parece ser la de evitar transiciones de la sociedad demasiado bruscas. Occidente pasa por una etapa conservadora, y el señor Suárez está dentro de esa etapa.

**E**NTENDER el problema actual de España es entender, sobre todo, el problema de la herencia y la transición. A la hora de encontrar reproches que hacer al señor Suárez, a su Gobierno y quienes le sostienen desde un partido o fuera de él, el más grave es el de la lenti-



A la hora de encontrar reproches que hacer al señor Suárez, a su Gobierno y a quienes le sostienen, el más grave es el de la lentitud y contención con que han tratado de contener una ruptura con el régimen anterior. (El presidente, entre monseñor Tarancón y Santiago Carrillo.)

tud y la contención con que han tratado de contener una ruptura con el régimen anterior. Esta ruptura estaba dada: la sociedad no soportaba fácilmente los últimos años del franquismo, en los que se había creado un vacío importante entre las necesidades de la sociedad y su administración. Ya estallaban las huelgas con otro nombre, ya el terrorismo se perpetraba con una crudeza superior a la de ahora —aunque la técnica actual sea infinitamente más páfida, más calculada, más horrorosa en su metodología, como lo demuestra el goteo de asesinatos de ciudadanos uniformados y armados—, ya los españoles emigraban al extranjero en busca de trabajo —otros emigraron en busca de libertad—, ya los salarios y los precios estaban en desacuerdo y el paro florecía, ya la corrupción estallaba en escándalos que eran capaces de traspasar las barreras de la censura y la represión; y aún prevalecían arcaísmos que hacían irrespirable, denso, el aire de las libertades políticas. Aún las moralinas, las cursilerías convertidas en regla de gobierno, el énfasis, la ridiculez verbal mataban todo el espíritu de contemporaneidad. Aún estaban las cárceles llenas de presos políticos, y las leyes eran represivas. Y la sociedad española, como la sociedad internacional en la que España estaba inscrita, había dejado de tolerar ese sistema. En otras palabras: el franquismo estaba muerto y bien muerto

—a pesar de las escayolas y los parches del interregno de los señores Arias Navarro, Fraga y compañía— cuando llegó el país a manos del señor Suárez. Le hubiera bastado un soplo para sustituir las ruinas del franquismo por otro tipo de edificación: no lo dio. El hecho de que ahora se esté presentando el franquismo como una imagen ideal, apoyándose en la asombrosa falta de memoria del pueblo español, que es prácticamente tradicional —recuérdese, sólo, el reinado de Fernando VII—, es uno de los fallos más graves del señor Suárez. Podría decirse que para la gran mayoría que él espera en las próximas elecciones, si se decidiese a convocarlas —y no hay ninguna seguridad de ello, puesto que considera “cómoda” su posición parlamentaria actual—, esta misma comparación es favorable, puesto que puede imponerse como este clásico ejemplo de malos gobernantes que es la única opción ante un riesgo mayor: “O una resurrección del franquismo, o yo”. Con lo cual volvería a identificarse con el Estado, que no es él, sino al que debe servir. Pero este juego ha pasado ya de las rayas de lo prudente. Si una parte de la herencia pasada y grave que asumió fue la de la discordancia entre unas minorías de poder y la soberanía del pueblo español, su gestión ha resultado claramente contradictoria, puesto que las minorías de poder han elevado su capacidad de acción, su fuerza

de propaganda, su condición de alternativa, y la soberanía del pueblo no sólo no ha sido reforzada, sino que ha sido contenida. El hecho de que esto sea un éxito o un fracaso del presidente Suárez depende de la óptica con que se contemple el caso. Si se considera que el Gobierno designado y sostenido trataba de hacer la transición inversa, como son sus palabras, y nos remitimos de nuevo a la entrevista del presidente con Juan Luis Cebrián, será un fracaso. Pero si consideramos la posibilidad de que el presidente Suárez, su Gobierno, UCD y quienes la apoyan desde dentro y desde fuera del país lo que trataba era de perpetuar una situación de parto de riquezas, influencias, poderes y situaciones que formaban parte de una herencia de un régimen al que perteneció y apuntaló en honesto cumplimiento de los cargos para los que fue nombrado y aceptó, habrá conseguido un éxito.

**P**ROBABLEMENTE efímero. Porque las gentes que tiene a su derecha son un pozo sin fondo. Todas las concesiones que se les hagan, todos los entreguismos, les parecerán poco. Está en su naturaleza. Y ya están pensando en que en su pozo sin fondo pueden tragarse también al presidente Suárez y toda su nueva retórica. ■